

Bruc le dijo que se explicaba muy bien.

-Hay una condición. Lo necesitamos antes de mediados de marzo, digamos que para el día 12. Hoy es día 4. Una semana.

-Sólo planificar el trabajo me llevaría varios días.

-No habrá mucho que planificar. En serio. Es algo realmente sencillo para alguien como usted.

Recogida de testimonios, fotos, alguna entrevista. Poco más.

Bruc no respondía.

-Incluso hemos adelantado algo el trabajo.

Muruas sacó de la cartera que había dejado en el suelo una carpeta con un listado informático.

-Aquí tiene. Una lista con varios comercios y pequeñas empresas, microempresas más bien, en Madrid. Cinco, para empezar.

Mi oficina las ha seleccionado porque nos parecen representativas. Sólo tiene que ir a visitarlas y contarlo. Si quiere añadir alguna más, hágalo. Con total libertad ¿Usted sabe contar estas cosas, no?

-¿Nada más?

-Sólo eso.

Muruas hizo una pausa.

-Cien mil euros.

Bruc tuvo entonces que apoyar sus manos ligeramente en el marco de la ventana. A lo mejor era verdad, que estaba haciéndose más famoso de lo que creía.

-¿Cien mil euros? -acertó a preguntar.

-Exactamente.

-¿Cuándo?

-Hoy.

Muruas, ya sonriente, metió la mano en el bolsillo interior derecho de su chaqueta. Extrajo un sobre bastante grueso con billetes de 500

euros. Separó un papel y dejó el sobre encima de la mesa.

-Si tiene la amabilidad de firmar este recibo... Por llevar bien las cuentas.

Bruc sintió de repente la necesidad de sentarse. Lo hizo. Echó una ojeada al sobre y miró a Muruas.

-Cuéntelo -invitó el americano.

En unos segundos, una avalancha de pensamientos desfiló por su mente.

¿Y si aquello era una trampa de Hacienda o lavado de dinero negro?

El proceder de Muruas no era muy habitual ¿Y qué pasaba si en el *New York Times* le querían comprar para algo? ¿O si...?

Ya veremos, decidió.

Contó el dinero, leyó el texto y lo firmó. En el recibo reconocía haber recibido la suma de 100.000 euros como pago por adelantado, IVA incluido, de un reportaje a publicar en el *NYT*, la factura sería establecida más tarde.

¿Qué podía haber de malo en ello? Hubiese sido una estupidez no hacerlo. Y él no era estúpido. *Soy periodista.*

.....

Llamó a su secretaria

-Que pase Javier. Y llama a Washington, a la Secretaría de Estado y nos pasas la comunicación.

Javier, uno de sus principales asesores, entró en el despacho con la cara descompuesta.

-Siéntate. Nos van a pasar con la Secretaría de Estado. Vas a preguntarles si han visto algo. Me vas traduciendo y ya veremos.

-¿Si han visto algo, Presidente?

-Sí. Si saben algo -un gesto de impaciencia al responder.

La Secretaría de Estado de los Estados Unidos de América mantenía veinticuatro horas al día, todos los días del año, una célula al tanto de todos los acontecimientos que iban ocurriendo en el mundo.

Dependía teóricamente del Secretario de Estado, pero en realidad el Vicepresidente Cheney la tenía bajo control. Desde ella, el acceso a la CIA, a las demás agencias de inteligencia, incluidas las del Pentágono y a los satélites espías se realizaba en tiempo real.

El teléfono sonó. La secretaria confirmó la comunicación. Javier comenzó a hablar con el oficial de guardia. El Presidente pensó que tenía que aprender inglés.

No, el Vicepresidente no estaba presente y no se le podía despertar a las dos de la mañana. Sí, habían preguntado inmediatamente a la CIA. No, la CIA no tenía idea de quién podía estar detrás del atentado.

El interlocutor confirmó que tenían los satélites sobre los trenes.

Javier dijo que no sabía. El Presidente le preguntó qué era lo que no sabía. Javier tapó el teléfono y dijo al Presidente que le habían preguntado si tenían datos sobre ETA. El Presidente le dijo que contestase que lo estaban chequeando. Javier dijo a su interlocutor americano que lo estaban chequeando.

Un momento de pausa.

-Me pasan a un analista -dijo al Presidente.

Un tipo comenzó a hablar en inglés.

-Varias bombas en varios trenes. Ataques simultáneos. Sin avisos previos. Buscando el máximo de víctimas. Víctimas indiscriminadas.

Eso es una firma. Novecientos once días después del 11 S. Un día 11. Se trata de un ataque islámico. Seguro.

Así. Simplemente. En unos segundos el analista les estaba diciendo lo que más temían oír.

El Presidente iba palideciendo según escuchaba la traducción.

-Un momento -añadió el americano.

Después, una pausa de varios segundos.

-Les paso al vicepresidente. Acaba de llegar.

El Presidente y su asesor se miraron con sorpresa. En Washington eran las dos de la mañana. El Presidente descolgó otro teléfono. Quería responder directamente aunque Javier tradujese.

-Hola, Aznar. Un mal día para todos -dijo Cheney.

-Muy malo -comentó el Presidente. Javier traducía.

-Mira, por supuesto, en cuanto sepamos algo, desde aquí te informamos.

Eso no es un problema.

-Gracias. Cuento con vosotros.

-Un consejo, Aznar. Esto es una tragedia. Pero si lográis unir a la gente, podéis controlar la situación. El país necesita un líder que le una. Que una a todos. Ese eres tú. Tienes el país en tus manos. Es el momento. Es *tu* momento.

Un chasquido en boca del Presidente.

-Vale, pero dile que nos informe si tiene algo -dijo a su asesor, haciendo un gesto cortante y tapando con la otra mano el micrófono.

El asesor tradujo. Aznar colgó su teléfono mientras Javier se despedía de la célula de crisis.

-Cheney siempre anda diciendo a todo el mundo lo que tiene que hacer. Chequea lo de ETA. Nos reunimos dentro de diez minutos. Nada más salir el asesor del despacho, el teléfono del Presidente volvió a sonar. La secretaria le comunicó que tenía varias llamadas en espera. Le dijo que le pasase primero la del ministro del Interior y luego la del director del CNI.

-Estoy camino de Atocha. Me dicen que hay muchos muertos, Presidente. Cuatro trenes atacados. Esto es un desastre.

Le temblaba la voz.

-¿Ha habido algún tipo de aviso, aunque fuese fallido?

-Nada. Ningún aviso. Lo han hecho para matar al máximo de gente.

-¿Han llegado los mandos policiales?

-Están también en camino.

-Reuniros en cuanto podáis en algún sitio cercano.

-Sí, Presidente.

.....

Colley se había extrañado de no recibir la llamada de Reads.

Debería de haber llamado a las cinco de la tarde, hora de Washington.

En su última conversación, a las siete de la mañana, todo iba bien.

La operación había sido un éxito. Paul Colley, como Director Adjunto del POG, no entraba en valoraciones políticas. Su operativo especial en Madrid tenía una misión y había cumplido con ella.

Reacciones políticas, consecuencias, y otras repercusiones no eran asunto suyo.

Neil Perbonsky le había felicitado. El Gran Dick estaba satisfecho.

Pero ahora Paul Colley estaba preocupado. Tom Reads nunca se saltaba una llamada.

Decidió quedarse en su despacho. No podía marcharse sin más.

Decidió también no informar a Perbonsky. No por ahora. Un pequeño retraso no significaba forzosamente un problema. Tampoco iba a dar a Stephen Cork la satisfacción de reconocer que algo no iba bien.

Antes de abandonar el centro, Nate Stein pasó por su despacho.

Por nada en especial. Sólo quería charlar. Eso dijo. Todo iba bien

también de su lado. Stein dijo que iba a tomar un té. Colley dijo que a él no le apetecía.

Stein volvió con su té y se sentó en un sillón.

-¿Todo bien, Nate? -volvió a preguntar Colley.

-Sí, señor ¿Y usted, señor?

-Bien, gracias ¿Alguna reacción?

Stein se limitó a mover la cabeza de un lado a otro.

Colley sabía que Stein tenía el contacto. No con quién. Eso no.

Eso era información reservada que sólo el Director conocía. Pero había rumores. Algunos que habían estado con él en Afganistán insinuaban que seguía en contacto con Bin Laden.

.....